

dujera alguna vez a suscribir una disposición que tendía precisamente a restringirlas en la prensa; así como el decreto que les impedía votar a los comunistas. Eso se queda para mandones vanidosos y explosivos, pero no para el Magistrado que es un Presidente de República. Magistrado—palabra de peso—es el producto de tres factores, suma y compendio: virtud, saber y experiencia. Y don Cleto fue un Magistrado cabal.

Hombre flexible, sin prejuicios, ajeno a escuelas y doctrinas que dogmatizan y esclavizan a sus prosélitos. Leía mucho; se cultivó en diversos y dilatados rumbos.

¿Qué ciudadano de sus condiciones,—¡si lo hubiera!—querría coger la colección del *Repertorio* donde la dejó don Cleto, en el tomo XXXIII, y seguirla? Ocurrió lo mismo con la de otro costarricense ilustre; la dejó al morir en el tomo XXIII y no hubo con quién reponerlo.

Hoy se halla en la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., que la ha continuado.

Del bondadoso, sencillo, sobrio y servicial don Cleto, tan nuestro, nos quedan consoladores ejemplos. Alguna vez en uno de los periódicos locales, dije que era como el padre bueno de todos.

Del gran viejo de la Patria que era, del educable y humanísimo Presidente, ya he dicho también el aprecio en que lo tuve. De don Cleto seguiremos hablando. Es de los finados buenos—porque los hay malos—que siguen a la cabeza de la República. Genios tutelares, llegaron a ser antaño estos bienhechores. La ciudad, la Patria, siguen sintiendo su presencia espiritual. Ellos continúan en vela, que es consejo y es amparo.

J. GARCÍA MONGE

Noviembre de 1937.

En busca de lo sefardí

Fiesta de tornaboda en Nueva York

Por M. J. BENARDETE

= Envío del autor. Nueva York, N. Y., 6 de noviembre de 1937 =

Era el último día de *aljád* del mes de septiembre. A la una de la tarde mi mujer y yo debíamos estar presentes en uno de los elegantes hoteles de la calle cincuenta y nueve de Manhattan. El nombre del hotel es el mismo que el de una ciudad pequeña en los Alpes de Suiza. Sin intencionarlo, el que celebraba la fiesta escogió lo más alto del hotel para allí reunirse con los miembros de su familia y de los parientes cercanos. Fue precisamente en el piso treinta y uno donde nos encontramos después de ver anunciada a la entrada, la fiesta. Hacía un día esplendoroso. A veces el mes de septiembre en Nueva York tiene la dulzura de un vino viejo conservado en la frescura de la tierra. Este día de *aljád* vibraba de energía y de calor saludable.

Apenas subimos a lo alto del hotel que nos dimos cuenta que estábamos en una casaca privada, separada del resto del mundo. Desde lo más alto del hotel se veía allá muy abajo una gran extensión de tierra. La arquitectura de los altos edificios permite ahora tener la mitad de las paredes hechas de vidrio. Por un mecanismo ingenioso las ventanas se abren horizontalmente. De esta manera se puede tener todo el aire y sol todavía no manchados y ensuciados por los gases de los automóviles, dentro de estas casacas o departamentos en los tejados de los rascacielos.

Fuimos recibidos cordialmente por el padre de la novia, el cual debemos decir antes de que se nos olvide que es mi primo. Nosotros no nos habíamos apresurado a venir y sin embargo poca gente se encontraba allí al entrar en el piso... Todo el mundo sabe que uno de los gran-

des placeres que sentimos en las fiestas familiares en este mundo nuevo es aquel que nos salta a recibir cuando nos saludamos con un pariente o amigo a quien no hemos visto desde hace tantos años. Curioso es observar que Nueva York, que tiene tantos medios de comunicación, en efecto, hace posible la separación de las gentes. No sé de qué otro modo explicar el hecho de que tuve que esperar tantos años para retornar a verme con mi primo hermano. Si con mi primo no me había visto desde hace tantos años, no se diga los más años que han pasado para que yo me viera otra vez con compatriotas y parientes. Tal vez la culpa la tenga yo en esto. Esta buena gente se frecuenta entre sí porque viven cerca los unos de los otros en los mismos barrios. Y yo estoy alejado de ellos. De todos modos el hecho queda que yo no había visto a mis paisanos. Y ahora sentía un gran placer en encontrarme con ellos.

¿Qué era la ocasión? Aquí está lo importante. Dar una fiesta en el hotel con su nombre elegante en la calle cincuenta y nueve no es un acontecimiento común para nosotros. Invitar a más de cien personas para beber, comer, bailar y divertirse durante ocho horas en un hotel de esta categoría, es sólo posible de parte de una persona que ha logrado una condición económica bastante elevada. Calcúlese a cuánto se quiera los gastos de una fiesta de este tipo y se verá que suben a muchos centenares de dólares. Quiere decirse que esta fiesta fue dada por un *sefardí* en honor de su hija, el cual pertenece en la actualidad a la burguesía nueva que se ha venido formando por los inmigrantes que llegaron a este país hace unos veinticinco años.

Claro está que mi intención no era describir esta fiesta. Pero como las costumbres que se van formando entre los nuestros, para nuestro bien o para nuestro mal, están en oposición con aquellas costumbres y usos en que nos criamos en el Viejo Mundo, parece obligación nuestra señalar lo nuevo que se observa. Raras y extrañas son las nuevas costumbres. Cuando cambian las costumbres es que los hombres han trocado de cultura y de visión. Un examen rápido de lo que vimos y en lo que participamos nos convence que nuestra manera de vivir ya es otra...

Decíamos que mi primo celebraba con sus amigos y parientes una fiesta en honor de su hija. Este hombre de cuarenta y un años debió haberse casado joven. De ese modo se entiende que tuviera hija por casar. ¿Pero cómo fue la boda? Parece que el cómo se casó no fué lo importante en este caso. Un pariente de la familia, un abogado joven, se interesó en la hija de mi primo. Entre aquél y la muchacha se hizo un arreglo, y tal vez con el consentimiento de la madre de la que iba a ser novia, los dos jóvenes se casaron de un modo modesto. A decir verdad, no tenemos datos seguros sobre cómo fué la ceremonia del matrimonio. Se dice que los jóvenes se casaron por las autoridades civiles, y si hubo intervención religiosa fue de un carácter privado.

Yo que fui convidado a la fiesta del hotel elegante no sabía nada de este casamiento de la hija de mi primo. Esto muestra que el casamiento legal y religioso no era lo más importante. Según los rumores que me alcanzaron por un admirador del joven abogado, los recién casados en el automóvil que les regaló el padre de la novia se pasaron su luna de miel viajando por este gran país.

¿No es verdad, entonces, que esta fiesta era una cosa nueva? ¿A quién se le hubiera pasado por la cabeza en Turquía, o en Grecia, o en Marruecos, celebrar una fiesta de boda tres meses después del casamiento? Aquí al parecer se ha roto la tradición. ¿Donde están aquellos aparejos, aquel soflamarse de sangre, aquel venir e ir con el colgar del ajuar, aquellas celebraciones de alheñarse los dedos de los pies y de las manos, y aquellas fiestas de recibir las bendiciones nupciales! Todo eso y aún más concerniente a las bodas antiguas son ahora en este país cosas de la memoria para nosotros. Han pasado al museo de lo viejo. Pero al pensar en el pasado, ¿quién puede olvidarse de aquellas bodas de tanta atracción pintoresca! Había mucho de pesado, mucho de superstición en aquellas bodas. Esto es muy de verdad. Sin embargo, había también cosas de profundo valor en ellas: Panderos y bailes, cantigas y romances, dulces bendiciones.

Este último *aljád* de septiembre estábamos en esta fiesta para celebrar un casamiento que tuvo lugar hacía tres meses. Nuestra gente conserva sus costumbres orientales de no llegar a la hora anunciada. Por esto tuvimos que esperar. Mientras esperábamos la venida de la mayoría de los convidados nos sentamos a unas mesitas, teniendo